

José María CASCIARO (dir.), *Sagrada Biblia. Traducida y anotada por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra*, bilingüe latín-castellano, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1983-1984, 7 vols., 12 x 19.

La Facultad de Teología de la Universidad de Navarra proyectó hace unos años un ambicioso plan editorial: preparar una edición de la Sagrada Biblia de carácter popular, bilingüe (latín-castellano), con amplias introducciones y notas explicativas de carácter bíblico, doctrinal y ascético.

La obra que ahora se presenta, todavía en curso de realización, es el resultado de largas y concienzudas investigaciones. Los trabajos se iniciaron en el curso 1971-72 cuando el primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, expresó su deseo de que la Facultad de Teología de esta Universidad preparara una traducción y comentario asequible al gran público, elaborado con rigor científico y profundidad doctrinal. Con su consejo y orientación, la Facultad dibujó las líneas maestras que hacen de esta obra algo original y de utilidad en orden a la difusión del texto sagrado.

Los siete volúmenes hasta ahora publicados son el fruto maduro de años de investigación y de trabajo sistemático. El resultado que en ellos se ofrece al lector se sitúa en un plano intermedio entre una mera traducción anotada y un extenso comentario. Al hilo del texto inspirado, a pie de página, se explica el sentido de las palabras del texto y algunas de las enseñanzas de tipo doctrinal o ascético que encierran. Son notas que, por su calidad científica y teológica, colocan esta obra en la línea de los grandes comentarios clásicos y modernos de la Sagrada Escritura.

El trabajo se ha realizado en equipo, distribuido en grupos, constituido por los profesores del Departamento de Sagrada Escritura y algunos otros de los demás departamentos de la Facultad de Teología. El director de esta obra es el Dr. José María Casciari, sobradamente conocido en los ambientes científicos de la Biblia por sus investigaciones sobre los textos de Qumrán en relación con el Nuevo Testamento, así como por sus trabajos de cristología neotestamentaria, y sus fecundas reflexiones sobre la teoría de la exégesis bíblica, la hermenéutica y la teología. Entre los miembros de los equipos de redacción se encuentra el Prof. Gonzalo Aranda, especialista en lengua copta y literatura intertestamentaria, con recientes publicaciones en ese campo, así como en el de la exégesis del Nuevo Testamento; el Prof. Claudio Basevi, filólogo, buen conocedor de la exégesis patrística y autor de monografías sobre ese tema, especialmente en torno a San Agustín; el Prof. Antonio García-Moreno, investigador de los escritos johanneos, que ha dedicado años al estudio de la teología bíblica sobre el Pueblo, la Iglesia y el Reino de Dios en los Libros Sagrados. A estos se añaden los profesores Santiago Ausín, Klaus Limburg y Gonzalo Landáburu, entre los biblistas, y José Morales, Javier Rodríguez, Luis Alonso Martín, Lucas Francisco Mateo-Seco, Juan Belda y Tomás Belda, entre los procedentes de otras especialidades de la ciencia teológica.

El tomo de los *Santos Evangelios* (1983, 1524 pp.) agrupa los cuatro primeros volúmenes que aparecieron: la segunda edición del *Evangelio*

según San Mateo (1981) ligeramente retocada; una ampliación de las primeras ediciones del *Evangelio según San Marcos* (1976) y del *Evangelio según San Lucas* (1977); y reproduce, con leves modificaciones, la primera edición del *Evangelio según San Juan* (1980).

Se inicia este primer tomo, que agrupa cuatro volúmenes, con una introducción general: primero, a la Biblia; después, a los libros del Nuevo Testamento; más adelante, a los Santos Evangelios; por último se ofrece la cronología de la vida de nuestro Señor Jesucristo. En las setenta y cinco páginas introductorias se exponen las principales líneas de fuerza por las que discurren temas como la inspiración de la Biblia y sus consecuencias, el canon de la Sagrada Escritura, la conservación y transmisión de los libros Sagrados, nociones fundamentales de hermenéutica bíblica, formación de los Evangelios, etc. Todo ello constituye un resumen apretado, al alcance de todos, de los elementos básicos que sirven para iniciar al lector en las principales peculiaridades de los textos bíblicos. Cada Evangelio, a su vez, también va precedido de una introducción particular en la que se presenta a su autor, se especifica la fecha y circunstancias de composición así como los destinatarios inmediatos, y se resaltan las características literarias y teológicas peculiares de cada uno.

Interés especial ofrece el índice de materias, muy rico en voces, que recogen un amplio abanico de temas doctrinales y ascéticos, que no sólo apuntan al texto sagrado, sino también a los comentarios al mismo. Supone un instrumento muy valioso para profesores y sacerdotes en la tarea de enseñar y evangelizar.

Los *Hechos de los Apóstoles* (1984, 415 pp.), en continuidad con la tónica de los libros anteriores, va precedido de una introducción, de tipo general, sobre la historia del texto del Nuevo Testamento, y otra introducción más particular en la que se da razón del título del libro y se abordan los temas de su género literario, argumento y división, autor y fecha de composición, valor histórico y fuentes. La introducción termina con una breve síntesis de su contenido doctrinal.

El volumen sexto agrupa —por razón de su analogía temática— las *Epístolas de San Pablo a los Romanos y a los Gálatas* (1984, 340 pp.). Al comienzo se ofrece una amplia introducción a San Pablo que comprende la biografía del Apóstol, una breve pero completa presentación de su epistolario y una introducción a su teología, de notable utilidad a la hora de acceder a la lectura del texto con el bagaje preciso para entender las enseñanzas del Apóstol en su justo contexto. El volumen de *Epístolas de San Pablo a los Corintios* (1984, 383 pp.), además de las habituales introducciones a cada carta, dedica un buen número de páginas a presentar una síntesis de la doctrina sobre la inspiración divina de los libros sagrados. Se espera la aparición próxima de los restantes libros, hasta completar el Nuevo Testamento.

La traducción ha sido realizada directamente a partir de los textos originales griegos, según las mejores versiones críticas del momento. Resalta la notable sencillez y claridad del lenguaje utilizado por los traductores, que aúna la fidelidad al texto original con la elegancia en la lengua castellana. Siguiendo la voluntad de Pablo VI y Juan Pablo II, expresada en la Constitución Apostólica *Scripturarum thesaurus*, se ha publicado

el texto latino de la *Neovulgata*, versión sancionada como oficial en la Iglesia. La presentación del texto latino en columna paralela al castellano, es un reconocimiento al valor de la traducción de San Jerónimo, hoy revisada y remozada, así como una sencilla profesión de fe en la Iglesia como intérprete auténtico de los Libros Sagrados. Al mismo tiempo constituye una garantía de fiabilidad de la traducción castellana, ya que pone al alcance de cualquier lector instruido, como guía y comprobación, esa versión latina.

Como indicaremos más adelante, en los comentarios doctrinal-ascéticos a pie de página se acude con frecuencia a la analogía bíblica. Como ayuda subsidiaria, en esa misma línea, se aportan en el margen los lugares paralelos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. También son una valiosa ayuda los títulos que preceden a los diferentes pasajes, que orientan de antemano sobre el contenido de la perícopa.

Quizá el elemento más característico de esta edición de la Sagrada Biblia sean sus amplias introducciones y notas. Con ellas se proporcionan a cualquier lector todos los elementos necesarios para que pueda acercarse al texto, y entenderlo con provecho, asimilando la verdades que Dios ha revelado, y encontrar una ayuda para vivir de modo coherente la vida cristiana.

En las notas a pie de página se proporcionan todos los datos que hacen falta para penetrar la riqueza que encierra la palabra divina. En ellas se refleja un buen conocimiento de los logros de la exégesis actual, así como un claro dominio de los métodos hermenéuticos más exigentes, teniendo en cuenta la crítica literaria, textual e histórica. Pero junto a la pericia técnica vale la pena resaltar el valor teológico de los comentarios. Se maneja con soltura el criterio de analogía de la fe bíblica: para explicar pasajes más oscuros del texto se recurre a otros pasajes de la Biblia en los que se hace un tratamiento más explícito del tema que se trate. También cabe destacar el recurso asiduo a la Tradición, testificada sobre todo por los Padres y Doctores, y al Magisterio, recogido en Concilio y en documentos pontificios, en especial de los últimos pontífices y del Vaticano II cuya doctrina es tan abundante y valiosa. Junto a estos dos niveles, que podemos llamar técnico y doctrinal, hay un tercer nivel que se apoya en los escritos ascéticos considerados como clásicos de la espiritualidad cristiana. Con este nivel de teología espiritual se hace cercana y asequible la Palabra de Dios a través de una explicación sencilla pero profunda. En este apartado de espiritualidad se incluyen textos de San Bernardo de Claraval, San Juan de Avila, Fray Luis de Granada, Fray Luis de León, Santa Teresa de Jesús, San Francisco de Sales, San Alfonso M.^a de Liguorio, Santa Teresa de Lisieux, Josefmaría Escrivá de Balaguer, etc.

Como botón de muestra sobre cuanto acabamos de indicar acerca del contenido de los comentarios, vamos a transcribir —subrayando estos aspectos— una nota cualquiera. Se trata de la explicación a Rom 7,14-25: «De los versículos 14 al 25, el «yo» que habla —como se desprende de los verbos en presente— ya no es Pablo antes de la conversión, sino después de ella; pero no sólo él, sino todos los hombres redimidos por la gracia de Cristo. Tenemos aquí una descripción, viva y dramática, de la

lucha que todo hombre, incluso el cristiano, experimenta en su interior». Puede apreciarse la gran sencillez con la que se explica al lector algo imprescindible para entender el texto: quién es el «yo» que protagoniza esta difícil perícopa. Es bien conocida la polémica acerca de este tema que, iniciada hace siglos, dura hasta nuestros días, y cómo los más recientes estudios teológicos y filológicos, tanto de autores católicos —C. Ghidelli, en cierto modo C. Spicq, y otros con los cuales coincidimos—, como de no católicos —A. Nygren, G. Bornkamm, D. H. Campbell, O. Michel, C. E. B. Cranfield, J. Dunn, R. H. Gundry, y otros— van llegando a un consenso en torno a la explicación que ahí se expone, que a su vez se remonta a San Agustín y Santo Tomás de Aquino, y aparece sobreentendida en textos de San Basilio, San Hilario y San Gregorio Magno. Naturalmente no se desarrolla en el comentario toda la polémica con los pros y contras de cada cual —pues por sí sola bastaría para escribir muchas páginas—; no obstante es patente que ha sido tenida en cuenta, y se ofrece al lector el resultado más seguro a la luz de la exégesis actual. Además se aporta con sobriedad, una razón de tipo filológico que apoya esta explicación: «como se desprende de los verbos en presente», lo que no ocurre en los versículos anteriores (vv. 8-13) donde todos los tiempos verbales en forma personal son históricos —imperfectos o aoristos—, apuntando en ese caso a una época pasada en la vida de San Pablo: su experiencia en el judaísmo. Continuamos la transcripción de la nota citada a Rom:

«Estas palabras reproducen una experiencia universal: hay en nuestros miembros una «ley», una inclinación, que lucha y se opone a la ley de nuestro espíritu (cfr. v. 23), es decir, al bien espiritual que Dios nos hace desear con su gracia. La misma expresión «ley del pecado que está en mis miembros» subraya la fuerza con que nuestros sentidos, apetitos y pasiones se niegan a seguir los preceptos del espíritu. Sin embargo, no se trata de un poder irresistible». Una vez que se ha ayudado al lector a entender la literalidad del texto se le orienta acerca de la razón teológica que explica el porqué de la lucha interior que describe San Pablo: hay en nuestros miembros una inclinación que se opone a la ley de nuestro espíritu. Esta explicación no es fruto del ingenio de los comentaristas, sino que forma parte del rico acervo doctrinal de la Iglesia. Por eso se añade: «La Iglesia enseña, en efecto, que también en los bautizados permanece el *fomes peccati* o concupiscencia, esto es, el deseo vehemente de apetencias terrenas o sensuales. La concupiscencia, «como haya sido dejada para el combate, no puede dañar a los que no la consienten y enérgicamente la resisten con la gracia de Jesucristo» (*De peccato originali*, can. 5)».

A continuación se explica en la nota, a la luz de la doctrina sobre el *fomes peccati*, la importancia que tiene el auxilio de la gracia en la lucha contra el pecado por parte del hombre, que después del pecado original siente los efectos del desorden de las pasiones. Para eso se acude a la doctrina de Santo Tomás de Aquino, Doctor de la Iglesia de reconocida autoridad en este tema: «Los judíos sólo podían cumplir la Ley de Moisés por la gracia divina, que podía concedérseles anticipadamente en virtud de los méritos de Cristo. Sin la gracia eran como esclavos, ven-

didos «al pecado». Después de Cristo, quien no acepte su Redención se encuentra en una situación semejante, pues «en el estado de naturaleza corrompida el hombre necesita la gracia habitual que sana la naturaleza para evitar todo pecado. Y esta curación se da, en la vida presente, en la parte espiritual del hombre, sin que sane del todo el apetito carnal, y por esto el Apóstol dice en Rom 7,25 hablando del hombre sanado por la gracia: 'Yo mismo sirvo con el espíritu a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado'. En este estado el hombre puede evitar el pecado mortal (...). Pero no puede evitar todos los pecados veniales, a causa de la corrupción de los movimientos de la sensualidad» (*Suma Teológica*, I-II, q. 109, a. 8, c.). Por último, se explicitan las consecuencias de todo ese desarrollo doctrinal en la lucha ascética: «De aquí viene la necesidad de la ayuda de Dios para perseverar en el bien y la exigencia de luchar personalmente para ser fieles. El *Catecismo Romano*, al considerar que aun después del Bautismo el hombre está sometido a varias penalidades y, entre ellas, a la concupiscencia, explica que Dios ha querido la permanencia de la muerte y del dolor, cuyo origen es el pecado, para que alcancemos una unión mística y real con Cristo, que quiso padecer y morir; mientras que la concupiscencia queda, con la debilidad del cuerpo, la enfermedad y los sufrimientos; «para que (...) tengamos campo abundante y materia para la virtud, de donde saquemos después frutos más ricos de gloria y premios más excelentes» (*Catecismo Romano*, II, 2,48)».

La nota concluye con un pensamiento profundo y estimulante de Mons. Escrivá de Balaguer, que incita al lector a poner en práctica sin demora todo cuanto aquí le ha enseñado la palabra de Dios: «Infelix ego homo!, quis me liberabit de corpore mortis huius? — ¡Pobre de mí!, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?—. Así clama San Pablo.—Anímate: El también luchaba» (*Camino*, n. 138)».

Cualquier lector experto en Sagrada Escritura y en Teología puede descubrir una estructuración más o menos similar en casi todas las notas, aunque unas sean más breves y otras más extensas: encontrará la formulación ponderada de los hallazgos técnicos más recientes sobre cada texto, engarzada con las líneas maestras de la mejor teología católica, y culminada con unas reflexiones de provecho para su propia vida espiritual. El hombre de la calle quizá aprecie sólo en parte la hondura de esas virtualidades, pero sin duda disfrutará de una traducción atractiva con un lenguaje elegante y de unas notas claras, que le ayudarán a conocer cada vez mejor la palabra de Dios y la doctrina cristiana, a la vez que le abren perspectivas sugerentes para la tarea de su propia santificación.

FRANCISCO VARO

Luciana MORTARI, *Il Salterio della Tradizione*, Torino, Piero Gribaudi Editore, 1983, 333 pp., 14 x 21.

Se trata de una nueva traducción al italiano del Salterio, con la particularidad de que se traduce del texto griego de los LXX, y no del original hebreo del TM, como es lo ordinario y habitual en nuestros días,